



Espíritu niño de la  
serpiente gigante

purísimo de la luz. Las selvas formarían parte de las tinieblas. Tanto mejor si los hechiceros oficiaban sus ritos por la noche. Cerca de la luz, de la blancura, estaba el hombre blanco. La autoestima racial preparaba el gran escarmiento. Para Bruno, las ejecuciones del mago son obras de vida, en tanto que los filósofos se limitan a los discursos. Nada había tan despreciable en la naturaleza que no se pudiera descomponer en sus elementos y volver a engendrar mediante una operación mágica. Reconstruyendo la naturaleza, la magia se equipara a la ciencia. Pero el Nuevo Mundo incorpora la variante de la excesividad. Si los alquimistas destinaron siglos sin éxito a la creación del oro, el Nuevo Mundo lo daba a granel. Desde este ángulo de visión, América inserta un empirismo brutal. Tiende a interrumpir los ensayos sobre la reconstrucción de la naturaleza. Todo está iluminado y todo está oscuro. La realidad no necesita de teorías.

Hacia mediados del XVIII, Chaco es una fortaleza atestada de oídos, de micrófonos que oyen los pensamientos de las tribus. Se trata de una tecnología que la Compañía de Jesús sofisticó al extremo. La Orden escuchaba el ruido de los deseos, los latidos del corazón, las imprecaciones y el furor de las etnias. Cuenta Dobrizhoffer que un grupo de indios yarós fueron inducidos a aceptar el cristianismo. Un hechicero los empujó a huir de la reducción. Al volver dijeron que se habían fugado por estar hartos de un «Dios que ve, oye y sabe todo lo que nosotros hacemos»<sup>16</sup>.

Para las etnias, el dilema resultaba ahora claro: o se estaba con Dios o con los hechiceros. Con la expulsión de la Compañía, el caos volvió a apoderarse del Chaco. Los hechiceros vivos salieron de la clandestinidad. Se formaron ejércitos de bandidos indios. A un franciscano que llegó descalzo a una ex-reducción le ataron y castigaron porque los indios decían no querer ser más pobres, ni tener relación con los pobres. El Chaco requirió otra vez a los cristianos adivinos, es decir poseídos por la divinidad, profetas al estilo de San Francisco Solano. Cuando en el río Dulce se abrió un colosal lecho nuevo, no pasó desapercibida la confluencia entre los designios de la Providencia con los de la naturaleza. En la ciudad de Santiago del Estero, San Francisco Solano edificó para sus cofrades una gran iglesia pero con las puertas hacia el monte. Los suyos manifestaron descontento con el santo arquitecto. Pero éste contestó que esperaran, que sus deseos se verían cumplidos. Después de unos años, el río Dulce cambió brutalmente su curso, hecho que cambiaría entonces la dirección de la ciudad, y la iglesia quedó mirando a la plaza<sup>17</sup>. Dios derrotaba al monte. Con el monte en desbande, los hechiceros caían fulminados. De lo que se trataba era de amputar la antigua ecología para sostener un nuevo control.

<sup>16</sup> Dobrizhoffer: Op. cit., pág. 227.

<sup>17</sup> Dobrizhoffer: Op. cit., pág. 272.

## 11. La conclusión como episodio

El *hechicero* se transformó en una variante colonial americana del *brujo* europeo. El cambio denotativo y la degradación connotativa ocurrieron en la onda larga (*longue durée*). La lengua sirvió como soporte del enfrentamiento. El nuevo anclaje debía alimentar la convicción de la victoria. Palabras remozadas, teñidas con otra tinta, contribuirían a desarraigar una cultura, disolver una memoria mágica de relaciones entre el hombre y la naturaleza. La magia era la política con otros medios. Los hechiceros no sólo representaban la conciencia metamorfoseada de la naturaleza, un saber protocientífico, sino también su formalización lingüística. Recordemos que, entre los mocobíes, los hechiceros eran, junto a las viejas, los encargados de crear las palabras que morían. La naturaleza que describe Dobrizhoffer está amasada, segmentada y pasada por el cedazo de la visión etnocéntrica. El siglo del naturalismo será ciertamente para América Latina el XIX. El centro de atención de los siglos XVI-XVIII es el indio, su dominación material y espiritual. Todo lo demás es decorado. Como un paisaje cualquiera en el retrato renacentista, sin relación alguna con el retratado. La definición de la naturaleza como decorado aseguraba la expropiación de los indígenas. La naturaleza que se resistía a la dominación recibió el atributo de «salvaje». Los brujos americanos atrincherados en ésta se autodeclararon sus poseedores, de allí que tuvieran que ser redefinidos. La brujería era una desviación de la norma, pero la hechicería, un acto de subversión. En 1970 todavía los brujos hacen cosas extraordinarias y los hechiceros matan.

Lo último en apagarse fue el *griterío*, la memoria concentrada de un tipo de circulación de voces, experiencias mágicas y mitos. El griterío era el punto de intersección de las coordenadas del espacio y la naturaleza, desde donde nacía la memoria. Los hechiceros eran sus lectores. Después de la expulsión de los jesuitas, el griterío soportó un siglo más el asedio. Cesó definitivamente en el Chaco Austral hacia 1880, con las *campañas del desierto*. La sustitución lingüística —*selva por desierto*— fue la parábola de la sustitución del griterío por el silencio.

La palabra *papagayo* fue creada para denotar una especie o un orden que no existe. Pero que, sin embargo, el mismo Diccionario de la Real Academia define como toda ave que tuviera treinta y cinco centímetros de alto desde la cabeza a la cola (?), pico fuerte, grueso y encorvado, plumaje de colores, y aprendiese a repetir palabras y frases enteras. En la iconografía colonial, el Nuevo Mundo se identificó más de una vez con el papagayo, un continente que hablaría «algunas cosas buenas y discretas, sin inteligencia ni conocimiento». De la misma forma, los hechiceros convertidos en un nomenclador general, definieron un nivel inferior en la escala de la civi-

<sup>18</sup> Pío Baroja (1911): Las inquietudes de Shanti Andía. Madrid, Editorial Caro Raggio, 1972, pág. 13.

lización. El diccionario oficial aún no advierte su vinculación heteróclita con la naturaleza. Se parapeta en lo que supuestamente el *vulgo* cree de ellos (su relación con el demonio para obrar males), como si el vulgo fuese ajeno a los aparatos ideológicos. La palabra *vulgo* confiere anonimato a la historia, además de dejar a las élites inmaculadas, sin sospecha de intolerancia. Mientras la palabra *brujo* se corona, a pesar de todo, con una aureola antropocéntrica, el *hechicero* desciende por la escala de la humanidad. Sin embargo éstos, actores directos de la guerra anticolonial, resumían una percepción original del mundo, que no debió ser lejana a la que Pío Baroja anotara en una de sus obras: «En la Naturaleza, en los árboles y en las plantas hay una vaga sombra de justicia y de bondad».<sup>18</sup>

**Eduardo Rosenzvaig**